

HÉCTOR VERA

Nace en Caracas en 1961. Es Licenciado Docente en Matemáticas, Licenciado Docente en Física y Especialista en Informática Educativa por la Universidad Simón Bolívar. Desde 1989 se desempeña como profesor en nuestra Casa de Estudios, adscrito al Departamento de Matemáticas.

Su inclinación por las letras, lo ha llevado a participar en varios talleres de lecto-escritura: Taller de Lectura de Poesía a cargo de la poeta Gabriela Kizer (2005 a 2006); Taller de Poesía Imago Mundi a cargo de la poeta Mharía Vázquez Benarroch (2007); y el Taller de poesía El Ojo Errante a cargo de la poeta Edda Armas (desde 2007 hasta el presente).

Entre sus obras literarias encontramos: coautor de la antología poética *El Ojo Errante* (2009), publicada por el Taller Editorial El pez soluble; *Plaquette Vangelo* (2011) publicada por el Taller Editorial El pez soluble.

Como muestra de su obra, hoy nos deleita con su prosa poética...

El agrimensor dicta medidas, centros. Danza en el sur la espiral del horizonte [*not in the north*]. La palma en la extremidad es un muelle donde atracca la fauna, un desierto donde el Nazca construye su arca para salvar la especie.

Tras el diluvio arena, el tatuaje del colibrí. La llanura desértica es el patio del místico de la estría, la araña y el mono le entregan su silueta al dibujante. El lagarto observa desde la colina, la petición del trazo al dios de las aguas. Pitágoras cede la cuerda y la armonía, a él debemos las octavas. En la tierra rojiza, la raya habla lo primigenio, silba en Do. Las mil rectas violáceas del anochecer, secas y eternas, hacen trapecio y triángulo.

Saludable, una línea crece en la mano como rastro intoxicante. Atraída por signos camina. La muerte le abre su boca. Puedo verle en la grieta vasta, pez de palabra desbordada. Ahoga. Sobre la geométrica arruga de red, trabado el geoglifo, el cuello zigzagueante del pájaro. En el asombro de Pedro, el conquistador, el rostro del astronauta hacia la nada o a los meandros que recuerdan lo extinto. Amorosa, María [Reiche, no virgen] se agacha, toma el testigo del enigma, nace por segunda vez y recibe el bautizo del polvo; en vano borra la huella que Caín repite.

Sobre la abertura el sudor, donde a veces, insurgente, un poema saturado de espacio pulsátil mira, y dicta el tono donde cavaremos el refugio de escampar, la rasgadura en que crecemos: fiera sacrificial.

El Saturno se eyecta. En las entrañas *Apolo* y la especie. Pudo ser Alejandro sobre la crin de acero, empujado otra vez del aliento fuego de *Bucéfalo*. Él lo soñó todo. *Amstrong* apenas su lugarteniente. Él le prestó la huella. Por eso la caminata de *Humbolt* y *Aimé* buscando el *Valle de Taurus Littrow*.

O pudo ser, leyendo la espalda de la noche con su compás, el almirante mercader. Aún la carabela apunta la cara en asombro de *Galileo*, su moscardón de proa, sobre la *Mar de la Tranquilidad*. Pero le faltan quinientos para clavar sobre la roca de las metáforas, la esvástica, sus 50 estrellas, el estandarte de la religión.

¿Pretendieron acaso un encuentro de incautos lunáticos con quienes intercambiar espejos, algún ejemplar de *The Moonstone*, y jugar luego al juego de los Arios?

Compasiva, *Ix U* emerge de los *Códices* calcinados por el *Fray*, la punta con que escribe *Aldrin* suelta la amarra y ella escupe desde *Copán* un hervor de maíz que llamará ignición.

Rodrigo grita desde el carajo: Caracas. Diego desenvaina. También Fajardo. Motores pájaros, tu aliento Santiago. Ayer procesión, novenario, la fiesta del nuevo santo. Al pelotón San Jacinto, el ajusticiado. Dobles de campanas. La cabeza como trofeo en el Calvario. Hoy la corneta, el chillido del frenazo. Una voz que choca suplica hierro y asfalto. En Santa Mónica el vientre de mi madre escucha un bombazo. En parpadeo el semáforo. Adentro todos. En el cóctel, esmog y verde. Pegados a la pared vientre: *Ávila* dijo la Santa. Juan Antonio creyó ser dueño del Waraira. Guaicaipuro gritó Repano. ¿Por qué protegiste al conquistador de la flecha envenenada de Maracapaná? Santiago Apóstol genocida de La Nación de los Caracas. Tu bautizo a bala. Las plagas como en Egipto venganza. Contra la Primera, San Mauricio. Desde su ermita la orden: *Langostas a otra tierra*, Ramsés aguarda. No hubo judíos que liberar para salvarla, no hubo éxodo. Sólo *mano de obra holgazana*, indios infectos y la *Sublimis Dei* en la valla, alegando humanidad. La Tercera y la Segunda en yunta: sacudimiento y llagas. Día de San Bernabé. Cada mal un divino protector. En combo: escapulario, dagas. Es tu historia Santiago. ¿Cómo decir Caracas sin evocarte? ¿Cómo nombrar el rugido del león petrificado sin garra? El de 1641. El de 1786. Mil ochocientos doce cruces Santiago. Cada tanto Amías Preston incendia y asalta. El virtuoso incompetente revocado. La Cuarta con saña. A cabildo las tarjetas con los cien nombres santos. Desde Capadocia el dedo enchumbado en la indeleble, muestra al soldado romano. *Por ley de ayuntamiento San Jorge: exorcizador de gusanos*. A correr a Quinta Crespo. A comprar la Bula Papal para el descanso y la estampa del dragón con el guerrero santo. Cuántas veces te oí decir papá: *la muerte llega*. Hoy esparcí tus cenizas a la cicatriz del Guaire. Sobre la línea cloacal, que todo atraviesa, guacharacas y loros en bandada, desde *Ávila* vienen a beber mierda. De la esquina de *Las Ánimas*, entre escombros

[escrupuloso blanco], baja en triciclo un chichero desde antaño. El comercial de detergentes lo filma. A nuestros vasos espolvorea canela y clavos. *Con leche condensada para la Merced* [especial para la santa del Cacao]. A su lado un cacique escupe plumas del penacho. Los provincianos se declaran vasallos. *A la muy noble y leal ciudad, sello de armas, Felipe II lo ha otorgado. Ave María Santísima.* Desde la Ceiba, San Francisco reza el sermón de los regaños. En cada locación la jauría santa, mira con desprecio la corte de los milagros. Motores pájaros, amanece Santiago. Los jazmines se anuncian: Blandín, Sojo, Mohedano. La primera cafetera como balancín, vacía negro líquido al campo de Chacao. La armónica sopla. El hacedor de estrellas ora un credo. Nazoa despierta. En la fila Diego, su amellada espuela busca un filo: Santiago de León. Caracas, la historia del doblegador es mentira. No fue Losada. No fue Fajardo. Antes de 1567 te fundó una lanza.

Redimirnos caminando al costado del asfalto la dermis del otro. Recordar la fatalidad de la diáspora. Suplicar perdón por el pecado acometido una y otra vez, tras el primer flash. *La ciudad será quemada después del festín de las ratas.* Sólo quien escuchó el anuncio publicitario pudo salvaguardarse. Él dibujó su trama, el carácter del personaje divino, los cómics. El vencedor y su máscara, atrapado en el complot de la sílaba desde la butaca balbucea *action*. Los mortales amén. Ruegan porque acabe el sitio de Troya. Que el desnudo tendón siga intacto. Piden al oráculo que el rayo fulmine en el vientre de Olimpia el yelmo de Alejandro [aun al coste de la biblioteca]. Ordenan a Cleopatra se reivindique y tome la cicuta de Sócrates. *Ésta la cultura, su flama.* Piratas monjes virreyes, los comensales insaciables que se beben el discovery, ebrios, políglotas. No engendrados, inseminados con pólvora, los bastardos intuyen el momento en que el pirotécnico de la Gran Muralla descubre la mezcla y les da nacimiento [tal vez en miércoles de ceniza]. Los arcos destilan cuerpos cobrizos como flechas. Al centro las pústulas los credos. Aún el mastín aúlla al crujido de la cervical. La cabeza enjaulada en la plaza mayor da la orden y la del rey vuelve a rodar sobre los derechos del hombre. De la fila de negreros los residentes de las sentinas saltan a la mar: *enfermos ignorantes feos.* Los sobrevivientes de la cloaca esclavos. Cada tribu un temblor de madera y cuero que susurra un duelo al camposanto. En el teclado el do sostenido de la no-verdad. El asesinato de los Wright no detendría el vómito de estrellas, alguien reinventaría el aparato fumigador. Por eso se repite el guión, la plática mal oliente del Sr. Historia. Cada lunes a las 8:15 Little Boy cava su huerto y siembra hongos eléctricos al torso del bonsái. Del círculo rojo, rojo menstruación llovizna. Oblicuo, el ojo prepara su lengua *to speak english.* Cada tanto tuerce los brazos y esvástica, se ofrece para crucificar al *führer*. El de Nazaret lo espera en otra, para

repetir en el ocaso la comedia dialogante del Monte Sacro. Y sin embargo los numerados como recórd. La mano atrapada en el pincel abre la ducha de gas para lavarles la religión. Facturados de la historia los gitanos gritan: *ustedes no son los únicos*. Exterminados pero invictos paseantes de la fetidez del misterio nos abalanzamos desobedientes de regreso al umbral y le prometemos salvar el quinto mandamiento por una vez. La cisterna arroja su chorro de arena desconcertante a nuestra persistencia. Acordamos abordar las lenguas bajo un conjuro del Codex Gigas. Mientras Mata Hari lanza besos al pelotón y por momentos, dejamos que nos hipnotice el bastón de Chaplin, para reír por siempre. Pero el foco de luces a la máscara. Por tradición oral la salpicadura. Homero no cesa de cantar: *créeme, no son volcanes, son guerras, la franja donde late el hombre*.

Ese acierto o fracaso lleva rostro. Inexorable vigila. He querido torcer el modo de mirarme. No reconocer el incoloro semblante sobre el arco que sostienes.

Sin dudarte me repites. La misma incertidumbre contigo.

En la cara primigenia aquella perplejidad subrayada sobre la noche que nos escupe y desde el perfil un mandato: no ser capaz de leer en los ojos próximos.

Amarillenta, la hoja recuenta el defecto que somos. Frágiles nos confirma. Inútilmente evado la piedra que tropezaste. Imploro mutar.

Anónimo y de guardia signas el vacío. Nuevamente tu *cornu da la orden de cómo errar*.

Instruccions. No infrinja las reglas. Actúe según se espera. Adecúese. Tipo 1 ó 2, lea. Si transgrede será marcado. Sea dócil, humilde. El sentido común es su mayor aliado. Obedezca los cánones, para eso fueron confeccionados. *Cá-no-nes* busque en el *DRAE*. La soberbia es la fatalidad del hombre.

Hay reglas. Recuerde al señor de la tabla. Al viejo de ojos verdes con los números del i al x, diciendo que había escrito el dictado de un tal dios. Memorícelos. Son artículos de primera necesidad. Mandatas, mandados [y mandamientos los llamaron]. Cástrese si aún siente una erección al ver a la mujer de su próximo con toda la desnudez que le dio el fulano. Pecador obseso confíese y asuma el arrepentimiento.

Usted es un diente. El engranaje al que pertenece demanda obediencia. Puede que atasque la máquina, lubríquese. Se cambia la pieza. Se bota. Se elimina. ¿Cuántas veces habrá de repetírsele que se debe?

Rutinícese. Haga lo que se espera, recompensado será con las esferas de *Alighieri* [cantado está en su *Comedia*]. O con asonantes dólares del oeste [*made in off course*].

El cauce. Sígallo. El río de las costumbres. Báñese. Desinféctese de las ideas originales. Ignore. Deseche todo cuanto lo haga diferente. Y si no entiende, resetéese.

Cinco. La erupción de la chicharra recuerda que estás vivo, pero el párpado descubre oscuridad. Así retumba el refugio bajo el ala metálica y llora radiactivo el samurái. No lo has vivido, la historia te lo ha revelado. Para no repetirla. Para repetirla.

La cortina del ojo resiste. ¿Cinco? Quizás todavía duerma.

Cuatro. A veces cinco es cuatro, como cuando un dedo es cortado a fuego enemigo y te señala la vertiente de ocaso y caos, el rincón donde escondes culpas. También un cinco se te hace cuatro, si miras la medianoche desde la aguja torcida que cuenta el tiempo, su aplastante cuenta regresiva. Entonces retrocedes en otro intento. Cuatro, para que el sueño extienda la huida.

Tres. Puede que sea la cuenta de algo. El número telefónico que equivocó Adán en el Paraíso. Sus coordenadas en el infierno o las tuyas. Tu precio a punto de colapso. La deuda intransferible pagadera con insomnio por el inútil Uno creador de todo.

Cuando llegues al Dos habremos muerto.

Llega el día escogido para el sacrificio del bonzo en Xa Loi. En la pagoda el silencio. El monje vietnamita viste la toga amarilla, acata. Repasa la superficie esférica depilada a navaja. Hace la reverencia final en el pórtico. No parpadea. El séquito lo conduce en un *Austin* celeste 1963, hacia la intersección en la principal de Saigón. Cerca, la embajada de Camboya.

En el epicentro, toma la postura sagrada del loto sobre un almohadón, en vía pública. A su orden, un iniciado saca de la cajuela el bidón de combustible, le lava el cuerpo en gasolina. Él, pronuncia la ofrenda en tono reverencial: *al buda, por la igualdad religiosa*; y se prende el fósforo.

La llama lo abraza frenéticamente, le embiste, lo rodea. Las lenguas amarillas cabriolean enfurecidas la danza del abismo y le comen el cuerpo, el aliento tizne. No parpadea. No rompe la postura sacra. No hace queja ni gesto de dolor. *Thich Quang Duc* en la budeidad.

A la distancia del diafragma y del lado acá, The Beatles cantan *all you need is love* y *Malcolm Browne* dispara la fotografía a la posteridad.

Antes de enfrentarla entra al trance. Entonces acomete. Ataca el papel. Todo tú contra el lienzo. Que ambas manos lo castiguen sin misericordia. Ese desierto resiste. Corta los nudos de la pared. Libera el vacío. El cartón espera tu calor: háblale al tejido, murmúrale sueños. Al momento del ritual, *que no te molesten o pierdes el tacto*. A cada instante nace una palabra. Tatúatela antes de escribirla. Descomponla como un juguete. Traza el color puro de cada vocal. Siente el aceitoso pegoste de las sílabas. Pronuncia sus partes. Aprésala primero con la lengua. Déjala fluir a tus vísceras. De tus entrañas a tus dedos. De tu boca al lápiz. Al surco.

Descansa la vista de la luz terrible de la verdad: cállala. Desnúdate, sólo así podrás reescribirte. Mira la realidad sin calcarla. Golpéala con verbos poderosos. Al vacío muérdelo. Del silencio desconfía. Teclea con rabia suficiente, con ternura. Descálzate. Busca supersticiones en el áspero canto de la tierra. Describe el acto donde la virgen fornicia y concibe a Jesús. En la luz hay un sonido que nombrar. Haz del diccionario un altar y transgrédelo. Quema en luna llena alguna de sus hojas. Mutílalo, que desaparezcan los vocablos y muera la lengua.

Tras la palmera, el secreto resplandor del poema. Rézale a la brisa. Lloro como niño a cada verso. Ciega por un instante a Érebo. Que la gruesa pincelada del piélagos lo encierre en el Tártaro. Córtales el halo nocturno y ordénalo todo. Húndete en sus vetas. Que un significado te arrobe. Y sólo entonces, alucinado, mírala al rostro e incrépala. Que te sea mortificante no escribirla.

Al leerlo, tu autorretrato hace mueca de ti y pregunta. Todo encriptamiento es superfluo. Nunca olvides el rostro secreto de ella, llámese Carmen Zocca o Dolores Travieso. Nómbrala cada vez que quieras reconocerte. Sílbale al ombligo, tu padre está oculto en su vientre.

Espera el momento en que Venus aparece por la tarde y anótalo todo, el intento vendrá cuando no escribas. Agárralo en medio del tumulto. Toma la garganta del signo. Vuelve al poema que te escribe. Vuelve desde siempre. Repite sus maromas como un primate. *A la cosa hay que conocerla para pintarla.* Úntate de ella, dila en voz alta. Que el verso salga de los pulmones. Que cada acento rompa el vértigo del viento. Que llegue atosigante de sonido a tu oído. Que cada letra busque su acomodo en la línea. La palabra mueve los sentidos, déjala salir de los labios estremecida. Escúchala lamer tu pecho. Ábrete a su ritmo y garabatéala.

No copies de nadie. Escucha el susurro de Velázquez: *pinta y no borres*, Transcribe los acentos infantiles de la voz de Margarita de Austria. En el museo del Prado nieva, Las Meninas son de trapo, y toman un baño de trópico en el playón del Castilleto. Acuéstate en la laja Ruso, sueña tu barco-museo: pinceladas a la mar. Francisco de Goya capitán. No vuelvas a morir.

El silencio impera. Inventa un artefacto y defiéndete. La cortina de cañamazo espera para que traces en ella las coordenadas, no tardes ese verso.

Sal de ahí Armando. Ese reflejo no es tu alma. Hazle caso a la Juana y apaga el farol. Tras tu enramada, luz.

Es la hora del canto de las cigarras en el caney de las muñecas. Hay que perdonar sus pecados Margot. En procesión: *los Cocoteros en la playa.* En *El rancho*, una *Maja acostada.* El *Paisaje con uveros*, del *Calvario*, con *locomotora.* El *Desnudo con frutas y flores al Patio del sanatorio.* Y *Alicia. La hamaca*, con *Juanita en rosa.* Y Niza. *Dos majas desnudas.* Todas te siguen Armando. Todo el color. Se le ve el rojo a tu Paisaje blanco, se le ve el azul y el verde. He seguido tu luz y por eso huyo de los metales. *La poesía tiene las llaves.*

Préstame la faja para separarme en dos y atrapar la decoloración de una palabra. Dame una cápsula de esquizofrenia.

Sé que escuchas. No entiendo el silencio en *Las Clavellinas.* Ahora hablas. Un dictado arrítmico de voz metálica. Alguien recibe tu carta pero ya es tarde. Repito escrupulosamente tus gestos, como una foto. Nos reescribimos entonces sin ortografías. Tener tu nombre no es suficiente. A veces hay números impares. A veces nada, como si nunca. A veces creo haber llegado, no nacido. A veces extraño tu aliento borracho. Tu mano callosa arrepentida. Aún el reloj pide que le de cuerda, para nombrarte. Aún la máscara ensangrentada de Tamanaco. Tu dedo busca un colmillo de perro en el barro. Todavía arrastra el buril una lágrima. Todavía por escapar del madero. Quise custodiarte hasta el pórtico. Un azar distrajo estos pasos. Sé que me protegías del Cerbero. Por eso la soledad en el tránsito. Contuviste sin embargo, en el borde los presagios y la espuma. Sé que pensamos: *misericordia.* Sé que no la esperaste por inútil. El alambre de púas ya no duele. Sé que fue duro ese ahogo. Sé que fue rojo y quemaste.